

Asaltos a la memoria

ENRIQUETA
Ochoa

MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR | LITERATURA



Asaltos a la memoria



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Asaltos a la memoria

ENRIQUETA OCHOA

COLECCIÓN
MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



Asaltos a la memoria

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© María Enriqueta Ochoa Benavides, autora del texto
© Marianne Xochipilli Toussaint Ochoa, heredera universal

ISBN (colección GEM): 978-607-5910-17-8
ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-846-9
ISBN (GEM): 978-607-5910-20-8
ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-849-0

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/30/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez
Diseño y formación: Hugo Ortiz
Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ramírez Rosas

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Nuestro esfuerzo está dirigido a formar nuevos públicos lectores, sin descuidar la publicación de libros *necesarios*, por varias razones. Primero, porque creemos importante cultivar el espíritu humano frente a los problemas que se agravan en el mundo y en nuestra sociedad, con el objetivo de contribuir a la creación de una comunidad solidaria, pacífica y más justa e igualitaria.

Igual convicción tenemos en el aporte cultural del libro, en sus frutos, que modifican el pensamiento de la sociedad, ya que éstos no siempre interpelan a la razón o a la inteligencia, también le hablan a nuestro deseo de paz y tranquilidad, a nuestros prejuicios y limitaciones, a nuestro egoísmo y credulidad, a nuestros ideales, sufrimientos y anhelos.

Si aceptamos que la lectura es una actitud ante el mundo y la vida, más que un talento que involucra caracteres, técnicas y géneros, celebremos la creación de esta colección, *Mujeres. Razón y Porvenir*, por representar un paso más hacia la igualdad de género y un justo espacio para valorar el arte, la creación literaria y el pensamiento de las mujeres mexicanas.

Llegará el día en que la reflexión, la imaginación y la palabra carezcan de género, y se valore sólo la calidad y trascendencia de los trabajos artísticos e intelectuales. Por el momento, consideramos necesario apoyar la difusión de las creaciones femeninas con esta colección editorial, afán al que se suma —en las portadas de los volúmenes— el talento de mujeres mexiquenses destacadas en las artes plásticas.

Felicito a las escritoras, al equipo editorial y al público lector, por hacer de esta colección una valiosa aportación al enriquecimiento del espíritu humano.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI
Secretaria de Cultura y Turismo

Desde 1901 hasta 2021, el Premio Nobel de Literatura ha sido entregado a 118 personas; de ellas, sólo 16 han sido mujeres. La gran diferencia nos muestra claramente que en el ámbito de la literatura, como en muchos otros de la vida humana, la participación de las mujeres debe ser promovida e impulsada.

Afortunadamente, esa situación ha comenzado a revertirse y hoy vemos cada vez a más de ellas en diversos cargos de responsabilidad pública, como las secretarías de Estado, los órganos de los poderes de la república y en la ciencia, la academia y la creación literaria.

Por lo anterior, y porque, como afirma la académica española Pilar Lozano Mijares, “la cultura es un instrumento decisivo para lograr la igualdad o, por el contrario, perpetuar la desigualdad entre mujeres y hombres”, los universitarios decidimos que la difusión cultural debe orientarse a fortalecer la identidad y la inclusión social, de tal modo que todas y todos los integrantes de la sociedad puedan gozar plenamente de sus derechos culturales mediante su participación en la producción, la distribución y el goce del patrimonio cultural.

En este contexto, resulta sumamente alentadora la iniciativa de coeditar, junto con la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, la colección editorial *Mujeres. Razón y Porvenir*, que incluye obras de los diversos géneros literarios y de ensayo filosófico.

Quisiera felicitar a los curadores de esta colección, tanto del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal como de la Secretaría de Difusión Cultural de la Uaemex, por haber logrado reunir esta maravillosa variedad de obras que ejemplifican claramente la elevada calidad de las escritoras y pensadoras nacidas en México, o bien, que desarrollaron parte relevante de su obra en nuestro país.

Sin duda alguna, esta colección editorial está llamada a ser un referente en materia de difusión de la literatura escrita por mujeres mexicanas. Y es, desde ahora, una invitación a cambiar el mundo desde la literatura y con la literatura. Sirvan estas palabras como una invitación a participar en esta aventura.

Somos Uaemex

Patria, Ciencia y Trabajo

DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ
Rector

*Para mis nietas
Alejandra,
Ana Sofía
y Julia Isabel,
porque todo el tiempo
es memoria*

El terciopelo

Caminábamos de un lado a otro, íbamos reconstruyendo, palmo a palmo, cada pedazo de tierra, allí donde los oleajes de la inteligencia se desplazan y se congregan los recuerdos.

Aquí, el jacal grande de la abuela, el pequeño enseguida. Fuera, a unos pasos, la cocina, las bateas donde se hacían los quesos, el aroma de las empanadas de camote recién horneadas.

Los hijos del tiempo se ovillaban sigilosamente, esparcían el milagro de su blancura y levantaban el misterio del pasado.

En el jacal grande, junto a la abuela, dormíamos las tres hermanas; los hermanos varones dormían con el abuelo y mi madre, en el cuarto contiguo. Yo tenía siete años. Los primeros días me despertaba cuando empezaba a oírse el golpe fresco de las cubetas que bajaban a la noria. A medida que el día se dilataba, íbamos saltando, uno a uno, de las vainas del amanecer. Luego, en desbandada, jadeando encendidos, corríamos, saltábamos de una a otra orilla del arroyo, buscábamos afanosamente el prodigio en la forma de una piedra, mirábamos el circular de las hormigas, chapoteábamos en el agua, o bien huíamos por las rendijas de la fantasía.

Una mañana, entré a hurtadillas en una arboleda cerrada que se encontraba a cierta distancia del ojo de agua. Intentaba llegar al centro, donde muele el verano sus días amarillos. Caminé lentamente hasta llegar en medio del robledal, y allí, deslumbrada, vi cómo los troncos se recubrían de un terciopelo color vino y café. Extasiada, me detuve, miraba descender con suavidad las hebras del sol, atravesando el verde de las frondas; entorné los

ojos, sentía el vaho de la humedad que subía de la tierra. Lentamente eché a andar hacia los árboles. Me disponía ya a desprender un pequeño retazo de aquel terciopelo café dorado para llevarlo a los demás como muestra de mi hallazgo, cuando un grito destemplado del abuelo que había entrado tras de mí, me detuvo. Mi hallazgo era nada menos que un nido de grandes tarántulas adheridas a los troncos. El abuelo me sacó de prisa, sacudiéndome la ropa, revisándome de pies a cabeza, sin poder ocultar el susto, y yo, mi desconcierto y desencanto.

Treinta años después

Atravesamos lentamente las veredas vacías del pueblo; el tiempo había arrasado las viviendas. Encontramos sólo ruinas, silencio, viento y un sol pintando de amarillo el paisaje. Grandes tragaluces de abandono se abrían en los techos de pita, y los cercos habían doblado su cerviz, custodiando, en vano, la desolación de las majadas. Más allá, otros tejados derrumbados estaban de bruces, orando, mordiendo la tierra. De ahí se alzaban zacatales secos y desordenados, que sepultaban los últimos retazos.

Por los graneros, sin resguardo, soplabla el viento; levantaba pequeños remolinos de polvo y tamo de maíz antiguo, golpeando las puertas desvencijadas y los postigos de las ventanas sin vidrios.

Sólo se mantenían en pie las albarradas, que ceñían el cubo de los tejabanos en donde, sobre la mesa de manteles almidonados, humeaba, en otros tiempos, la calabaza con piloncillo recién salida de los hornos de adobe y los polvorones de maíz, aún pegados a la grasa de las hojas calientes.

Los abuelos

El aire huele a tiempo, trae marejadas del pasado que son nuestra propia piel. Tempranas fueron las nupcias de los abuelos, la transparencia de su malicia era una luz pequeña dormida entre sus manos. Al caer la tarde ellos zarparon en carreta rumbo al desierto; pronto, los ojos del espacio fueron pozos oscuros de silencio. De súbito, un torbellino en llamas emergió de la tierra, los caballos reparaban, relinchaban con los belfos espumosos en alto. Los abuelos, pájaros despavoridos, tiraron de las riendas, rehuyeron el lugar y emprendieron la huida, con los latidos agolpados en su boca, a refugiarse en el primer pueblo cercano.

Un día después, bajo el azul oro al mediodía, entraron a Sabinas. La gente comentaba sobre un tesoro encontrado bajo la claridad del alba por dos hermanos viajeros, vendedores de pan en ranchos aledaños.

Las muchachas en la Revolución

A las muchachas del rancho las escondieron en las cuevas, cerca del ojo de agua, donde, diariamente, iban a lavar las mujeres mayores. En las cestas les llevaban alimentos cubiertos con immaculados manteles que después lavaban y ponían a secar sobre los matorrales.

Cuando los soldados o los revolucionarios llegaban buscando a las jóvenes, las familias, anegadas en llanto, explicaban cómo se las habían arrebatado las tropas que habían llegado antes que ellos. Incrédulos, revolvían casa por casa y, una vez convencidos, se marchaban, maldiciendo y pateando lo que encontraban a su paso.

Así se pusieron a buen recaudo las muchachas del rancho, entre ellas, mi madre y mis tías.

Noche de baile en el rancho

Desde temprano, empezaron los preparativos para el baile. Los jóvenes partieron, cantando, en las carretas rumbo al rancho de “Los colorados” para traer la música.

La tarde cerró sus puertas y nos vació la noche encima.

En la otra orilla de la tierra, en donde se aglomeraba el color de acero con rasgones de incendio, apareció la luna llena; era un globo inmenso inflado de luz, que perdía en tamaño al ascender, desdibujando el contorno duro de las cosas; esparciendo una luz dócil que afinaba la sombra del naranjo, de las gavillas de rastrojo y el perfil de los jacales y majadas que no llegaban a quince. Después de ellos se terminaba el pueblo y empezaba a correr, ávido de lejanía, el desierto que entonces, bajo la noche de luna llena, aparecía como una flota cristalizada, navegando sobre un oleaje de luz permanente. A lo lejos, veíamos un mástil, otro mástil: eran los cactus, o las velas raídas de algún huisache que ondeaban a intervalos, cada vez más lejos.

Tardes de verano

Cerrar los ojos era volver atrás, era traer a la vida aquellas tardes recién lavadas por una lluvia fina. Allí sentíamos el olor penetrante de los cenizos silvestres en flor, que tendían una ola de cristal plumbago. De regreso, por el camino, cantábamos sin descanso, mientras la carreta de Pueblo Nuevo nos llevaba a casa de la abuela, en donde nos esperaban los odres con leche de cabra, expuestos al viento desde la caída de la tarde; odres en donde la leche tomaba una frialdad y consistencia nevada.

Las fugas

Tía Lupe era la hermana mayor de mi abuela. Su figura alta y garbosa se veía de aquí para allá, cuidando a los hijos ajenos como si fueran propios. Aún después de casada con el tío Ponciano, seguía velando por sus sobrinos. La abuela, en uno de sus arrebatos de cansancio, convencía al abuelo Irineo para salir en la carreta a media noche, rumbo a Monterrey o a Nuevo Laredo. Allí se perdían por diez o quince días, a pesar de que al regreso les esperaban los regaños de la tía.

Empieza a desgajarse la familia

La abuela Clara se había casado con su primo Irineo siendo apenas unos adolescentes; luego empezaron a nacer los hijos, como disparados por una cerbatana, uno tras otro. Pronta de temperamento, hábil en las labores más rudas, pese a su pequeña estatura, ésta había llevado su hogar con decoro y seguridad para el abuelo. Sólo había un pero: su manía enternecedora de mantener, al igual que sus antepasados, reunidos a todos los suyos en un solo y apretado redil. Cuando los hijos crecieron, el abuelo, con su voz serena, anunció a su mujer que Javier, el hijo mayor, debería partir a la ciudad para instruirse:

—Desde que la Revolución acabó con nuestros ganados y llegó la sequía, no hemos podido levantar la cabeza, no veo más porvenir para nuestros hijos que sacarlos poco a poco de aquí.

La abuela se desplomó en el equipal llorando a gritos:

—Tú no puedes hacerme eso, Irineo, no, me moriría.

Pero el abuelo había hablado, dio media vuelta y salió del jacal, ordenó todo lo necesario para el viaje y, al día siguiente, salió con su hijo Javier a la ciudad.

A esta decisión siguieron días luctuosos en los que la abuela se negaba a comer, lloraba, suspiraba, juraba que iba a morir. Por la noche despertaba a su hija Sara, adolescente apenas, a quien amaba por su docilidad y le rogaba que la ayudara a pasar la noche, noches de llanto y lamentaciones que iban minando los nervios de la muchacha; pero la abuela se revolcaba en un dolor que

no parecía tener fin. Poco a poco su pena se fue transformando en abandono y silencio, la salud de otros tiempos se fue quebrantando, más fiel a sus obligaciones, ella siguió siendo hasta el fin el brazo derecho del abuelo.

Los telegramas y la muerte

Mi madre lustraba las hojas de los limoneros y desahijaba los helechos que crecían a la orilla de una cinta de agua corriente, a la mitad del patio.

Alguien llamó al portón: era el mensajero de Telégrafos. Las manos de mi madre temblaban. Así sucedía siempre que llegaba un telegrama; su sobresalto era tal que hasta su propia ropa palpitaba. Esta vez lo abrió, lanzó un grito y cayó sin conocimiento. Vinieron días caóticos, la muerte la había herido por segunda vez y ella se debatía en una desesperación en la que invocaba a su padre, que había muerto de súbito.

Los ojos sorprendidos de los niños recordaban al hermoso abuelo de ojos grises, cargados de nobleza; la musculatura de sus brazos cuando se arremangaba la camisa en los huertos de Villa Juárez, cargando sendos cestos de frutas: higos, duraznos, uvas. Y los niños siguiéndolo con pequeñas tinitas llenas de fruta que ellos habían recogido. Más de uno pensaba si al ser mayor podría tener aquellos músculos del abuelo. Era una de esas tardes en que los huertos son todo aroma; tardes en que nos envolvía un vapor húmedo y ese gran olor penetrante de la tierra que avasallaba los sentidos. El abuelo, el que, caída la noche, abría una tienda de campaña para, desde ahí, contemplar los astros, localizando constelaciones.

Después de aquella terrible impresión, la mujer adquirió diabetes y sufrió con el tiempo los estragos de esta enfermedad.

El abuelo borró su cuerpo del paisaje familiar. Sólo la imagen en la memoria perduró para siempre.

El desarraigo

Cuando mi madre recibió el aviso de la muerte de papá Neyito, rodó sin conocimiento, nunca recobró la salud. Mi padre salió rumbo a Nuevo León para traer a la abuela cerca de sus hijos y ella llegó con su cúmulo de recuerdos y estrellas. De su boca escuché las más bellas imágenes, los reniegos pasajeros porque el aire de la ciudad la asfixiaba. Paseaba con su bastón por el patio de casa aromado por jazmines, helechos, azaleas, panduratas, azucenas y pájaros. Por ese tiempo se desenterró del arriate de las buganvillas una enorme tortuga que mi padre nos había traído del campo cuando ésta era pequeña, y a la que, por mucho tiempo, creímos perdida.

Mi abuela y la tortuga hilvararon su soledad y su nostalgia y así anduvieron por las calles, parando el tráfico, pidiendo ayuda para cruzar cada vez que lograban escaparse. Evadidas de la ciudad que las estrangulaba, eran dos sueños arrugados perfilándose en la distancia.

El filtro

Nada más inquietante que los dos meses de vacaciones en el verano. Siempre nos llevaban al campo, ya fuera a Villa Juárez o al rancho de los abuelos. Estábamos en Villa Juárez; las señoritas Guzmán, en especial María, nos ayudaron a localizar un lugar pequeño que quedaba en una esquina. Mamá hacía malabarismos con la preparación de la comida y el acomodo para dormir por la noche. El día era lo de menos, lo pasábamos en los huertos o visitando a la señorita María. Nos gustaba ir a tomar agua del filtro. Yo lo observaba detenidamente porque quería que al llegar a la ciudad mi padre montara uno igual. Recuerdo una tinaja grande llena de agua que rezumaba por el fondo, de tal modo que, gota a gota, iba cayendo en un cántaro de barro de boca ancha, de donde la sacaban con una jícara hecha con la mitad de un guaje. Sobre una mesa pequeña, embrocados, estaban los gruesos vasos de barro en que la servían. ¡Nunca he probado algo más delicioso! Era un agua fresca, casi helada, con sabor a barro y a libertad. ¡Cómo tomábamos un vaso y otro y otro de esa agua (mágica para nosotros)! La señorita María reía moviendo la cabeza, luego nos daba de merendar y nos íbamos al cinito que se daba en el corralón de la casa de su cuñado, donde pasaban películas rancheras. El corralón más o menos se llenaba. Satisfacciones de la niñez que sueña con las cosas mínimas... Amábamos aquel vientecillo leve y fresco que nos revolvía los cabellos, mientras corrían las películas.

Los borrachos

Una noche, sobresaltados, salimos de nuestras cobijas. Tres hombres se habían metido a la casa. El abuelo, sin más ni más, tumbó al primero, correteó al segundo y de un puntapié en el trasero sacó al último. Nosotros gritábamos saltando:

—¡Bravo, eres un valiente! —a lo que contestó confusamente el abuelo, mientras buscaba sus cigarrillos entre la ropa que estaba sobre el respaldo de la silla:

—Nada de valiente, es que los tres ya se andaban cayendo de borrachos —y añadió:

—Hija, ¿no ves por ahí mis pantalones?

Los pantalones jamás aparecieron, se los habían llevado los borrachos, junto con la cartera y los cigarros.

Las varas de membrillo

Mis dos hermanos medianos fueron sorprendidos bajando higos en una huerta cercana. Los pillaron y no los soltaron hasta llegar a casa. Allí mi abuelo y mi madre pedían disculpas una y otra vez.

Cuando los acusadores se fueron, mi mamá tomó una vara de membrillo que tenía a la mano para domar a los seis hijos inaguantables que éramos, y con ella les dio una severa chicotiza en sus piernas peloncitas.

El hermano mayor

Mi hermano Sergio fue un niño hermoso y muy amado por mis padres. Fue el mayor de los hermanos; su inteligencia era sorprendente, pero somos precisamente los padres los que más destruimos lo que amamos. Era una criatura de seis años cuando mi padre lo llevó, después de su trabajo, a ver la película *Frankenstein*. De regreso a casa, el niño vio su imagen reflejada en unos cristales grandísimos que se encontraban recargados en el comedor; seguramente pensó: “Aquí está Frankenstein”, porque cayó sin sentido, golpeándose fuertemente la cabeza. Desde entonces, a pesar de las visitas médicas, el niño se aterrorizaba fácilmente y siempre estaba triste. Así llegó a la adolescencia, en la que menudeaban unos ataques que, pienso, tenían que ver con la epilepsia. Nosotros vivíamos en un pueblo pequeño con médicos generales a quienes jamás se les ocurrió sugerir a mis padres que lo llevaran con un neurólogo a Monterrey; su estado general se volvía más delicado ya que pasaba de sus mejores ideales a la mano firme de mi padre.

Sergio tenía una hermosa voz de tenor, que nunca le educaron. El anhelaba ser doctor, pero por consejos de un amigo de mi padre, mi hermano nunca pudo salir a estudiar, porque “podía echarse a perder”. Así que, al igual que todos los hermanos, tuvo que someterse al aprendizaje de la joyería y la relojería. Pero él tenía un talento único: se dedicó en sus horas libres a estudiar francés, alemán, inglés y a conseguir entre la hemeroteca de relojería las revistas que más le enseñaran sobre fornituras (piezas diminutas con las que antes se hacían los relojes); se puso

de acuerdo con el esposo de una tía quien le facilitó dinero para que empezara su negocio de importación de fornituras. Mi padre no lo ayudó en absoluto y Sergio decidió cambiarse el nombre en sus negocios.

Gracias a Dios, mi hermano triunfó, se casó, tuvo siete hijos, pero su carácter, a pesar de ponerse por propio deseo en manos de buenos especialistas, se agriaba cada vez más, hasta que terminó viviendo solo, luego de haber dado estudios profesionales a sus hijos.

Con frecuencia, él me preguntaba cómo le había hecho yo para lograr salirme con mi sueño de ser poeta, y yo le explicaba que le robaba muchas horas al sueño y que siempre me propuse esperar. Sergio habría sido un gran médico, amaba sus enormes libros de medicina que leía en toda oportunidad. Sus gustos por la música, la pintura, la historia, la novela; su ropa y la de mi cuñada, eran exquisitos. Sin embargo, fue cayendo poco a poco en el abandono; se acabó el tiempo en que se hacían los relojes con fornituras y aparecieron los relojes de pilas. Al poco tiempo mi hermano murió, a veces pienso que de una profunda tristeza.

Los duraznos

La luz se enredaba en los ramajes de los árboles frutales. Yo me dejaba caer sobre la hierba y el azul índigo del espacio se me venía encima, me llevaba al éxtasis, me colmaba de paz.

Hay una niña de once años trepada en los árboles de durazno, a horcajadas, sobre la rama más gruesa. El padre la ha visto y le ordena que baje, luego la lleva a practicar día tras día el tiro al blanco, después de haberla convencido de que será más divertido bajar los duraznos de un balazo.

La niña de once años ya no está montada en las ramas, la veo echar mano al rifle y bajar las frutas. Luego se reclina en el tronco y se pone a comer duraznos, canturreando.

Mamá Epifanía

La abuela paterna era una mujer con amor a la vida y a la buena mesa. Su figura redonda y llena, sus ojos penetrantes y hundidos, su sonrisa jovial y la firmeza del carácter hacían de ella una mujer interesante, dueña de una particular personalidad.

La recuerdo llegando a casa de vacaciones, después de un largo recorrido desde Guadalajara, recorrido en el que venía comprándonos toda clase de juguetes, cajetas de Celaya, limas, paquetes de dulces que hacía mi padrino Luis... Era ella una caja de sorpresas y regalos. Yo me sentía especialmente feliz. Todo se volvía nuevo.

Cuando regresábamos de la escuela nos hincaba a rezar el rosario, a nosotros, a esos niños a los que jamás se nos hablaba de religión alguna, y por eso nos producía risa y comentarios que eran acallados por una larga vara de membrillo que blandía la abuela en el aire, con efectividad. Nosotros, desesperados, optamos por llevarle un Nuevo Testamento que guardaba mi padre en su ropero. Los castigos con la varita de membrillo se multiplicaron, pero luego nos los hacía olvidar jugando a las cartas con nosotros; eran juegos divertidos para niños.

Ella se llamaba Epifanía (no Epifania); Epifanía es tan eufórico; su nombre decía, de alguna manera, un poco de lo que era la abuela.

Eclipse de alegría

Una tarde la abuela Epifanía se retiró a dormir una siesta, después de una opípara comida seguida por una sandía a la que casi le dio fin. Lo que pasó después, no lo recuerdo. Por la noche entraban y salían los médicos; a nosotros nos confinaron al fondo de la casa.

Siguieron días de silencio y médicos. Finalmente, mamá Epifanía se salvó de morir, pero una congestión la dejó semiparalizada. Regresó a Guadalajara después de un tiempo, y sólo una vez más volví a verla. Dicen que, aun en su lecho de enferma (que duró varios años), jamás perdió ese interés por la vida, ni su espíritu jovial. Creo que mi padre fue su hijo consentido y mi padre la amó por encima de todo. Después de su muerte, él se fue consumiendo despacito, a retazos.

Nadie sabe la hora...

Las carretas pintadas de azul se ladeaban fácilmente, pero ¡cómo las disfrutábamos! En cambio, los carruajes con cara severa sólo los mayores los usaban. Los abuelos iban en uno de ellos rumbo a Laredo, a comprar telas y encajes para los vestidos de sus hijas. Había encajes de Bruselas, telas de París; eran los tiempos de don Porfirio.

De regreso, los abuelos pararon en seco el carruaje. Una mujer y cuatro niños tirados en el suelo parecían desfallecer de hambre. Ellos hablaron con la madre, la ayudaron económicamente, pero los ojos de la mujer no se apartaban de un hermoso niño paralítico; ésta explicó entre sollozos que si ella moría, ese niño estaría perdido. Los abuelos tenían ocho hijos, pero, sin titubear, tomaron al pequeño en brazos, al tiempo que la madre suplicaba:

—Llévenlo con ustedes, cúrenlo, yo no puedo hacer nada por él.

Ojeroso, con la muerte afilando su rostro, llegó el pequeño al rancho.

Al día siguiente, papá Irineo, que así se llamaba mi abuelo, mató a un toro, lo abrió en canal y, rápido, la mamá Clarita introdujo a Jesusito en el interior del animal, entre la sangre caliente; sólo la cabeza quedaba afuera. Al sacarlo, lo envolvieron en varias frazadas de lana y lo llevaron a la cama. Allí lo alimentaban cuidadosamente y no perdían oportunidad de introducirlo en las vacas o toros que mataban los vecinos. Poco a poco, Jesusito fue recuperando fuerzas, adquiriendo un color sano y venciendo la

timidez. Ante el asombro general, el niño empezó a dar pequeños pasos, hasta que se le vio correr y jugar con sus nuevos hermanos, lleno de alegría. Llegó a ser un adolescente hermoso de anchas espaldas.

Los inviernos en los campos del norte son duros, a veces terribles. La candelilla amanece colgando de los tejados y las pilas llenas de agua en los lavaderos son témpanos de hielo; hay que romperlos con barras. Uno de esos inviernos, Jesusito se descuidó y una pulmonía le causó la muerte en su hora de plenitud.

El tío Ponciano

Como a un fruto, como a un grito nocturno lo querían colgar las turbas encendidas y hambrientas de la Revolución.

Tía Lupe dio voces pidiendo auxilio, se desgañitó hasta detenerlos, indicándoles el sitio donde se hallaba el dinero. Al momento entraron a la casa, movieron de lugar la cama y empezaron a escarbar. Numerosas tinajas rebosantes de monedas fueron sacadas, ávidamente.

Más tarde, arriaron el ganado, vaciaron los graneros, y tío Ponciano se salvó de quedar colgado de un árbol, mecido a la intemperie.

Herencia

A los abuelos paterno y materno les debo mi arrebató por un mundo que, entre toda la familia, sólo yo compartía: el de la poesía.

El papá de mi padre fue un minucioso conocedor de los clásicos castellanos, no porque fuera profesionista, él era carpintero de altos vuelos y trabajó siempre para los jesuitas. Cuando llegaban los días de pago, pedía que le descontaran algo de su sueldo y, a cambio, le permitieran leer por número de horas en su biblioteca, y le contestaran las preguntas que sobre estas lecturas tuviera que hacerles. Los jesuitas aceptaban, lo querían bien, y así el abuelo se sumergía en los clásicos castellanos, en sus tiempos libres.

Mi abuelo materno, en el campo, era la poesía misma en sus pensamientos y en sus actos.

Asaltos a la memoria

I

Amanece:

en las macetas de la ventana arden los geranios.

Un vaho lechoso entra en el viento.

Corre el día hacia las dunas de la oscuridad.

Después de avanzada la noche

me desprendo;

abajo quedan mi piel, mis huesos...

Me echo en picada a las profundidades,

atravieso el infierno,

toco la incandescencia de la luz

—todos los pájaros se desatan.

De lejos llega el olor a dátiles

que espesan en los cazos de cobre

y de polvorones recién horneados.

Aroma penetrante de mi infancia que nace.

II

Al amanecer, Alberto arrea las mulas con el bastimento
rumbo a las labores.

Una niña atisba por entre los leños de la cerca
mientras en su corazón

se amotina un mar de diez años que quiere ser mujer,
que se echa sobre la tierra y se identifica con ella.

Estalactita de cristal.
Tu pelo se precipitaba en relámpagos miel y caoba sobre
mi cara
cuando el beso de buenas noches.
El ruido de voces en el cuarto contiguo me despierta.
La muerte desangra el vientre de mi madre,
las sábanas esponjadas de blancura se incendian.
Apenas clarea, ponen sobre mis manos un cesto;
al vaciarlo, un feto se despeña.
La vida se encoge dentro de mí.
Tengo nueve años.
Es mi primer contacto con la muerte.

V

Y los veranos...,
y el sol estancado a mitad del desierto.
La luz cantaba y se filtraba por todos los resquicios.
Algunas veces una noche de lluvia
y amanecía la tierra con olor a mastuerzo y humedad.
El mundo de mi madre era la correspondencia justa
entre los reinos de la tierra.
El abuelo leía en el firmamento los fenómenos atmosféricos,
ubicaba las constelaciones
y era el juez de un pueblo
donde no se mezclaba la sangre con extraños.
Los Guzmán de Lampazos,
los Benavides de Cerralvo,
los Ramos de Ciénaga de Flores,
los Montemayor de Higueras,
y se cerraba el círculo.
Los ojos grises de la abuela
hacían sentir su presencia matriarcal:

revisaba la llegada de los rebaños,
el ganado, la ordeña;
preparaba en el horno de adobe
los pasteles de maíz, las hojarascas.
Esa multitud de olores y sabores llenando el recuerdo.

VI

Los tatarabuelos

Mamá Justa, eras muchacha y galopabas por las llanuras
arreando los ganados;
ceñido el incendio de tu pelo con una tela azul.
Vigilabas el rumor del azúcar
que maduraba en las naranjas.
Tomabas la mañana con las manos
como se toma un puño de fulgor
y lo arrojabas a que volara entre los limoneros.
Un día, el tatarabuelo se internó en tu selva
como animal jadeante tras el vértigo de la frescura,
y tuvo el sabor de todos sus ancestros acumulados
en la sangre cuando preñó tu vientre.
Vinieron noches de beatitud, de cópula, de sueño enternecido.

Días en que tatita Lorenzo hincaba las rejas del arado
en la tierra, y conmovía sus entrañas
hasta dejarlas desfallecidas,
para que llenaran al borde los graneros.
Como centella, desplazaba de las majadas a las pailas
y regresaba con sus peones
llevando la tarde al hombro,
mientras las mujeres abrían el reposo
a la hora del crepúsculo.

Sacaban las mecedoras a la puerta
y se sumían en el silencio y el sopor
para escucharse respirar.

VII

Aquellos cielos arqueados color azul de noche
donde se amotinaban las estrellas
hablaron al oído de los sueños.
Toda la noche hablaron...
hasta que partió tatita Lorenzo
a enterrar en algún sitio remoto sus bienes.
“Señora Santa Ana, ¿por qué llora el niño?
Por una manzana que se le ha perdido”.
La luz era una taza de té de rosas
en donde se bebía la tarde a sorbos lentos.
Poco a poco, la noche se dobló sobre sí misma.
A lo lejos, el humo de los jacales se ovillaba en el aire,
la luz esmerilada de la luna se esparcía
y a este instante, de súbito, lo absorbió el vacío.
Los abigeos acechaban
y a quemarropa segaron la vida de Tatita.
Él remontó su sangre hacia la sed del tiempo;
no alcanzó a decir
el sitio donde enterró los doblones de oro.
Quedó para siempre la aridez del silencio
y secó el vientre de mamá Justa.
Recógelo en las transparencias de tu cristal.
Caigo por el código de tus genes
a la palabra de mis días.

El movimiento de resistencia en Francia

Los dos fueron catedráticos, ella de literatura, él de historia en diferentes Liceos de Poitiers.

Ellos se conocieron en el Valle de Loire. La familia de Louis vivía en Richelieu, la de Marthe en Poitiers. Ambos conocían el secreto de esa comunión que une a los seres que se siguen amando aun después de la muerte.

Él murió a manos de los alemanes en la Segunda Guerra Mundial; encabezaba a un grupo del Movimiento de Resistencia. Me parece ver a Mamita de Francia con su blanco sombrero de ala ancha y ese vaporoso vestido albo hecho a propósito para el día en que cinco mujeres esperarían ansiosas a sus esposos, que regresarían de las prisiones alemanas. La veo llegar a la estación, corriendo con sus tres hijos, colmados sus brazos de flores blancas. La veo desfallecer cuando empiezan a bajar el primer féretro, el segundo, así hasta llegar a cinco. Abren los féretros, ahí están los cuerpos, desprendidos de la cabeza, de los prisioneros. Ahí está el de Louis, y veo a Marthe ahogada de dolor, extraviado su corazón de pena. Jamás volvió a reglar, jamás volverá a ser mujer, sólo será madre, y siempre vivirá recordando.

El padre desapareció en la Primera Guerra Mundial, Louis en la Segunda. Temblará cuando se pronuncie la palabra guerra.

En un hermoso jardín se levanta un obelisco de hierro en donde aparece el nombre de Louis junto al de sus cuatro compañeros, y en el cementerio de Poitiers hay un monumento grandioso para estos héroes de Francia.

Son los últimos años en la vida de Marthe, ella va frecuentemente al cementerio a platicar sus cuitas con Louis, que parece dormir, pero la escucha.

En la tierra de Pommoreau

Es invierno. De cuarto en cuarto se han encendido las lámparas. Todas las hijas están de pie, sorprendidas por los golpes en el portón, por el forcejeo y los gritos que quiebran el amanecer. Ahora la esposa y sus hijas corren tras el padre que es conducido al Centro Militar de Enrolamiento, rumbo a la Primera Guerra Mundial, de la que no regresará nunca. Envueltas por la luz azafrán de los aparatos de petróleo, bajo el frío invernal, las mujeres hunden sus manos rompiendo el cristal del hielo que cubre la tierra para sacar las papas, porque es tiempo de cosecha; este tiempo en que se han llevado al padre, éste en el que, dobladas de dolor, todas las mujeres de casa lloran.

3 de agosto de 1914: Declaración de Guerra.

Alcide continúa el trabajo del campo durante tres días para acabar la cosecha del trigo, y no responde a la orden de movilización militar.

Moriría la primavera siguiente, en Flandes, cerca de un sitio llamado Pilkem, tal vez durante una de las primeras ofensivas alemanas con gas. Nunca se sabría con certeza dónde quedaron sus restos.

Su mirada hacía tierna la luz

I

Él sabía amar a la naturaleza. “Ansío —dijo— conocer lugares remotos”, y empezó a caminar haciendo malabarismos afortunados con la vida.

Su corazón hablaba una lengua que entendían los sabios y los niños, y cuando lloraba o reía era sin el brillo de la malicia; por eso su mirada hacía tierna la luz de los pueblos por donde pasaba.

II

La tierra extranjera es dura, y a él lo devoraban arenas movedizas, despertándole sin freno los sentidos.

III

Con el alba, al mediodía, a la luz de los astros, él aprendía un gesto; una escena callejera, una palabra, le enseñaban más que los libros de todas las bibliotecas. Era una abeja ávida de luz liando las corolas de la vida. Lo aturdía de placer el vaivén de las multitudes indiferentes, atropellándose en las calles; el olor escandaloso y confuso de los puestos de comida a cada paso; el olvido de los cúmulos de basura, la gasolina quemada apretando el aire, las sinfonías, el vértigo de los vehículos, los olores diversos...

Por la noche, la ola roja del jazz, el jadeo lloroso de los mariachis, el morbo de los callejones donde la vendimia de los cuerpos quema de voluptuosidad, lo desvelaron tres años, arrancando sus párpados para que, sin cesar, miraran hasta hallar, en lo inmediato, lo eterno.

En los días de fiesta brava, olvidaba el alimento para precipitarse a las graderías del toreo, y cuando veía hervir la espuma en los hocicos anhelantes de los toros, o escuchaba en la plaza los bramidos calientes de las bestias desgarrando el aire, el entusiasmo de la fuerza se le agolpaba en el rostro con un secreto gozo. Por esto, y por el colorido estridente de aquella tierra, él no podía abandonarla: le parecía un rincón de sangre y misterio.

IV

Sin descanso, él iba con los sentidos abiertos a toda sensación. Poco a poco, fue olvidando lo que eran el amor y el descanso para su cuerpo.

Una noche, andando y desandando la playa, buscaba a una mujer que le recordaba las flores violentas de los cactus; allí se distendieron sus nervios con estallido sordo. Dando de bruces aquí y allá, llegó hasta su corazón e intentó refugiarse en él, pero lo encontró espinoso, entonces se sentó a llorar toda el agua que emblanquece la espuma del mar.

V

A la orilla del camino, él escuchó:

—Se me han ido en vano mis días y mis noches, pienso en los millares de años que fueron formando cada una de mis células, para que el varón, el viento, la lluvia y el sol, las gozaran. Pero el temor de la mano paterna me ocultó en una cripta para que no me golpeará el tiempo. ¡Alabada sea la luz que no me canso de

beber ahora, alabada la humedad de la tierra que me sube por los pies desnudos, alabada...!

Él volvió la cabeza y vio a una mujer que, al mirarlo, calló; desde entonces decidieron caminar juntos.

VI

—Mujer, ¿por qué tiembles? Siéntate cerca, la tarde está refrescando.

Ella fue a sentarse en silencio junto a él, que decía:

—Las cabezas no tienen peso más allá del cuerpo que las carga. Sus pensamientos son como hijos pequeños a quienes hay que resguardar de la noche. ¿Conoces los pueblos que se pierden tras aquella colina?, ¿conoces el galope bronco del agua que retumba en las noches al bajar escalonando los barrancos?, ¿conoces esas tierras donde la blancura de las magnolias ilumina el invierno?

Tomándola de la mano, emprendieron de nuevo su camino.

VII

Juntos tomaron el atajo para abreviar el camino. Era noche de plenilunio y los verdes de la selva se azulaban cargados de luna. De los ramajes subía un olor caliente y húmedo; en la ladera, junto a un maizal, se asomaba iluminada una choza de palma, ahí pidieron posada. Rostros de indios totonacas les abrieron las puertas y los hospedaron. Los indígenas, altos en estatura y dignidad, permanecieron en silencio. La pequeña mesa de pino en la habitación desnuda fue servida; nunca fueron tan suaves las tortillas como aquellas guardadas en los guajes, y el café les bajaba dulcificando el escozor de los chiles mulatos. Las palabras fueron cortadas, ellos conocían el valor del silencio. Después, apagaron los mechones y tendieron, uno al lado de otro, sobre un gran petate, sus cuerpos temblorosos y cansados.

Una vez que los ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudieron advertir que en las paredes colgaban, de trecho en trecho, huesos humanos. Un escalofrío se apoderó de ellos.

—¿Pensarán matarnos?, ¿en dónde hemos caído? —dijo él. Luego callaron y tomándose fuerte de las manos se durmieron. Pudo más el cansancio.

Despertaron cuando amanecía, ahora había en casa un hombre que hablaba español, los indígenas habían ido por él a una casa cercana; el visitante se precipitó a preguntarle de quién eran esos racimos de huesos.

—¡Ah!, durmieron en la sala de honor —dijo—, lo que ustedes han visto son los huesos de sus ancestros, es la sala más importante de su casa.

Agradeciendo de mil maneras a los indígenas, se despidieron dejándoles unos aretes de oro y una esclava de plata para hombre que ambos llevaban. Esa noche, sin saberlo, subieron y bajaron montículos hasta que los rindió el sueño. La aurora los encontró durmiendo en lo alto de la pirámide de los nichos del Tajín; allí elevaron sus oraciones y volvieron a partir.

VIII

Ella dormía.

—No sigas por ese camino, espera... hija, los hombres, las ciudades lejanas, los caminos se deslizan sobre la piel como serpientes y cuando duermes te estrangulan. Ella despertó sobresaltada.

—¡Abrázame fuerte, llévame lejos, a las tierras de nieve, donde tu fuerza borre el dolor que deja el eco en mis oídos! ¡Y es que hay veces en que la voz de nuestros muertos echa una sombra imborrable sobre toda la vida!

IX

Ese amor es sencillo, ellos han aprendido a ver en una sola mirada. Cuando él se cansa, ella lo esconde entre el vapor tibio de sus senos y le canta canciones que aprendió cuando niña. Él le devuelve a cambio el refugio viril de su experiencia.

X

—¡Qué oscuro hablas! Te dije que no volvieras a ese lugar de sombras que te quiebra las pupilas. Cada vez que vuelves de allá me eres más ajeno. Prueba un poco de sueño. ¿Quieres que te cante una canción, que te hable de cuando era niña? Yo solía subir a los duraznos a bajar sus frutos. Él está muy lejos...

XI

Amanece, ella se ha tendido a llorar bajo los chirimoyos, y el día, cada vez más azul, se va quemando con las llamaradas colgantes de las bardas en el huerto. Ella piensa: el amor es como la eternidad: una víbora, un aro de placer y dolor confundidos, uno nunca sabe en qué momento se le va a adentrar la víbora en el pecho. Tu voluntad me trajo, y tu silencio puede llevarme a desandar lo andado, y como antes, al caer la noche, volveré a sentarme a las puertas de mi casa, entonando la canción del buceador que perdió su grano de oro. La médula del amor es su veracidad, respétala para que podamos decir un día que probamos la quemadura azul del sueño.

XII

—Otra vez eres tú el que pasea nerviosamente de pared a pared, en medio de la noche. No es que te ame menos, pero el cansancio de mi cuerpo pide reposos al menos cuando acabe el día.

Ella se presiona la cabeza, agolpada de recuerdos familiares. Hubiera querido que él la protegiera de sí misma para reconocer su dominio y seguirlo, a pesar del peso que le hunde la conciencia, pero él siempre está lejos, no es libre, sus pasos tienen una dirección inexplicable; ella se ha quedado mordiéndose los labios antes de pedirle tranquilidad. Con un poco de humildad habría podido decirle: “Confíame el secreto que te encadena para ayudarte a huir; acércame en abrazo cálido a la mujer que te parió, para amarte y conocerte mejor. Debes saber que mi vida no es un lago, sino un río siempre de paso y con prisa, pero bastará con que alces tu brazo para cobijarme, y te penetraré de ternura, para que voluntariamente detenga mi marcha y sea presa en tu cárcel de esposo”. Pero ella tuvo miedo y prefirió callar.

Hay un ruido como de cristales derramados en los sollozos de la mujer.

—Yo amansaré mi pensamiento para poder servirte. Líbrame del frío que ha golpeado mis nervios en la soledad, caliéntame con las brasas de tu cuerpo —pero él no escucha. No puede escucharla.

XIII

—¿Qué camino has perdido que tus ojos atraviesan como brasas las tinieblas?

—He arrancado todos los cerrojos de las puertas, abriéndolas de par en par.

—No quiero impedirte los caminos como a los niños les impiden tomar piedras preciosas para sus cajitas de juego.

—Tranquilízate, mi cuerpo no te ha hurtado nada; la fricción del tuyo se encendió, y ahora arde quieto, conteniendo la mejor fragancia. Lejos de perderte, has dejado tu obra más perfecta formándose en mi carne. Ya no se borrará el polvo del camino, ni las estrellas ignorarán tu nombre; pero no me mires así, yo no he levantado muros de piedra maciza en derredor tuyo para retenerte.

XIV

Toma, para tu alforja de caminante, mis canciones. Siempre, cuando la noche caiga, yo estaré allí, del otro lado de tus pasos, y repetiré las canciones de tu pueblo.

Inquietudes de muchacho

Fue en otoño; el aire destilaba un olor lento y maduro. Mi padre recibió una noticia que lo estremeció, que lo echó a llorar. El impacto del tiempo vistió a la memoria de estancias tibias donde crecieron y se hicieron realidad sus primeras inquietudes de muchacho.

Y ahora, el anuncio de la muerte, la de un hijo tenido fuera de matrimonio, allá en sus años mozos, cuando florecían los jazmines en los macetones del corredor, en casa de la abuela. Esa entrada que exhalaba frescura con su piso de adoquines rojos, relucientes, como recién lavados.

Marina era la costurera de la familia. De vez en vez, asistía a coser en la propia casa de mis abuelos, por uno o dos días. Allí se enamoraron, se atraparon por la vida misma. Nació Fidel, una criatura que era el mismo rostro de su padre.

La madre abandonó al pequeño con su abuela y se fue a Estados Unidos. Jamás volvió.

Mi padre siguió el ritmo de su vida, pero pendiente siempre de cubrir las necesidades de su hijo. La soledad, la falta de cariño de una madre desde la cuna, son una enfermedad insuperable. Aquel pequeño creció débil, enfermizo hasta su edad adulta.

La unión entre el padre, el hijo y dos nietos se había hecho cada vez más fuerte, y ahora le avisaban que aquel muchacho, gris de abandono, había muerto. El hombre lloró, a hurtadillas, por las noches, tal vez hasta el día de su muerte.

Disciplina

La infancia y la adolescencia fueron duras. A las cinco de la mañana nos despertaba mi padre con un silbatazo, seguido de unos pocos minutos para vestirnos con ropa de deporte, y los seis hijos estábamos esperando las órdenes siguientes: ejercicios de gimnasia, juegos de voleibol y de basquetbol; luego escuchábamos las enseñanzas de mi padre que nos procuraba juegos inocentes, pero de gran trascendencia.

Un día formó en fila a los hijos y les entregó una pelota a cada uno. Dijo: “Lancen la pelota contra la pared hasta que se quede ahí pegada”. ¡Qué correr, qué lanzarla una y otra vez sin lograr pegarla! Finalmente el padre dijo:

—No se queda pegada, ¿verdad? Bueno, así son todos los actos en la vida, lo que hagan a los demás, bueno o malo, se les regresará como la pelota; cuiden mucho todo lo que piensan y lo que hacen para que tengan siempre una buena respuesta.

Este fue el principio de las clases que más tarde nos diera sobre otros asuntos de la vida.

La noche de la lluvia de estrellas

Con anticipación se había anunciado un fenómeno celeste. Cuando llegó el día señalado, salimos corriendo a contemplar la noche. Éramos como nerviosos saltamontes brincando de un lado a otro, para observar cómo un navío infinito de estrellas naufragaba en el mar del cielo.

La abuela murió de pie

La abuela murió en verano. Los últimos tres años de su vida dormía en su mecedora para que no se entumecieran sus huesos; al clarear el alba, se incorporaba con dificultad y, bordón en mano, barría, preparaba sus alimentos, porque sólo su mano conocía la sazón; caminaba sin cesar y de nuevo, al atardecer, volvía a su mecedora.

Un mediodía llamó a su hijo Santiago:

—Acuéstame, hijo, porque voy a morir.

Todos los hermanos acudieron a ella como en la hora del incendio. Tía Cecilia, cerrando sus ojos, empezaba a dejar que se consumiera finalmente la llama. El joven sacerdote llegó con toda su fe a cuestras.

—Vengo para lavar tus pecados —dijo. La abuela abrió los ojos, se incorporó, preguntó por qué no la dejaban morir en paz:

—Lo que yo haya pecado ya lo lavé con el agua de mis años, tú, tú dime los tuyos para ayudarte, porque yo voy para allá con Dios y tú te quedas aquí, en la edad y en la estación del pecado.

Pero él quiso intimidarla con el infierno. Esto colmó la paciencia de la abuela, que bajó de la cama y, bastón en mano, lo hizo salir a golpes de la casa, luego gritó a sus hijos y nietos que la rodeábamos:

—¡Ayúdenme, hijos, porque voy a morir! —y se desplomó en nuestros brazos; se dobló su cuerpo pequeñito, pero dejó viva la esencia de su fuerza.

Ésta es la abuela inagotable a la ventana del mañana, a través de mi sangre.

Ésta es mi abuela, la que exorcizó el pecado, la que murió de pie.

Cuando mi madre cocinaba

Mi madre cocinaba en un horno de adobe redondo de barro, que ella misma había construido. Ahí hacía las empanadas de calabaza y camote más exquisitas que yo haya probado, pastelitos de harina de maíz cernida con tales condimentos que yo me los robaba cuando llegaba la noche. Nunca comí dátiles y chilpachole más ricos que los cocinados por ella. Todo se hereda: mi hija Marianne tiene una mano bendita para la cocina. Yo observo y le doy gracias a Dios.

Un invierno

Un invierno en el desierto de aquellas ciudades ralas, sin frondas nevadas, sólo las bocanadas del viento helado ululando en las calles, en los patios; helando los muros de las casas en donde todas las cobijas resultaban pocas para librarnos de aquel frío que calaba los huesos.

Así recuerdo aquel año en donde la que más sufría era mi madre. Mamá preparando el almuerzo, mamá poniéndonos hasta dos o tres camisetas juntas y suéter para llevar a los cuatro hijos de edad escolar a las diferentes escuelas, mientras los dos más pequeños permanecían a su lado, siguiéndola a todas partes, buscando su calor. Llegada la noche, veo a mamá tejiéndonos suéteres con dos agujas. La veo armando grandes bastidores para hacer colchonetas con la lana cardada a mano. Jamás conocí a otra mujer más abnegada, más fiel, más trabajadora.

Ese invierno recuerdo que a mi hermana Evangelina, que tenía ocho años, le sobrevino una pulmonía fulminante. Los médicos, los cuidados incansables de mi madre durante cuarenta días, salvaron su vida. Habría que esperar todavía hasta 1938 para que los científicos aislaran la penicilina. Gracias a Alexander Fleming y sus ayudantes Frole y Chagner, con la penicilina un alto porcentaje de enfermedades pudieron curarse en ese entonces. Enfermedades como la neumonía, la tuberculosis, la sífilis, la gangrena, hasta una pequeña fiebre. Bendito seas, Fleming, en nombre de toda la humanidad.

El general Lázaro Cárdenas

Mediante la expropiación petrolera y la repartición de las tierras, Lázaro Cárdenas ha llegado a ser una de las grandes figuras del pueblo mexicano. A lo largo de toda mi infancia, en clase de música, se nos enseñaban canciones para agradecerle y tenerlo siempre presente. Recuerdo la canción del agrarista. ¿Cómo pudo un solo hombre traer beneficios tan grandes al país?

Repartió cerca de dieciocho millones de hectáreas que enriquecían a unos cuantos, fundó la CNC, expropió los pozos petroleros, instituyó las ocho horas de trabajo y las vacaciones para los obreros. Por eso lo llamaban Tata Lázaro, por eso maestros, niños y el pueblo en general, lo llamaban tata, o sea, padrecito. Cuando oigo su nombre siento un secreto orgullo, porque yo tenía diez años cuando él repartió las tierras allá en mi pueblo, en la región lagunera.

El conquistador del cielo

Yo tenía once años. Desde muy pequeña mi curiosidad se mantenía abierta, todo lo registraba. Ahora, en mi vejez, sólo recuerdo.

Cuando íbamos al mercado, cuando caminábamos hacia la escuela, cuando subíamos a los tranvías rumbo a Ciudad Lerdo, a comprar frutas, o a ver las avenidas del río Nazas, que llegaban desde el río Aguanaval antes de que existiera la presa de Palmito; en todos estos lugares sólo se oía hablar de Francisco Sarabia y en las radiolas, a todas horas, se escuchaba el corrido de la muerte de Francisco Sarabia. Todavía recuerdo que decía:

*Carranza halló la muerte
en un rayo asesino,
Sarabia entre las aguas
del río Potomac.*

En ningún lugar de la república se lloró tanto a este aviador de gran belleza varonil, como en La Laguna.

En Ciudad Lerdo, a la entrada, por la Alameda, muy visible, en una esquina de cristal, por los dos costados, está en exhibición el aeroplano en que voló Sarabia de México a Nueva York, y de regreso, un 7 de julio de 1939, encontró la muerte.

Tres años más tarde, nos cambiamos de casa. Ahí, nuestra vecina del piso superior había sido la novia de Sarabia; era una

mujer exquisita, fina de rasgos, de voz, de gestos. Ella inspiraba un gran respeto y una gran dulzura; conocerla fue, en mi reacción adolescente, un privilegio. Ella nunca se casó; fue fiel y silenciosa aun después de la muerte del aviador.

Fue en la carretera

A lo largo de mi vida he sido partícipe y testigo de muchos hechos trágicos.

Recuerdo: yo era joven y conocí a una maestra que estaba separada de su marido y tenía una hija bellísima.

A su alrededor, abundaban los pretendientes. Ella se daba cuenta pero actuaba cautelosa, con mucha discreción. Un día, supe que había hecho un viaje a México, en donde se encontró con varios exalumnos, algunos con carrera terminada, otros trabajando duro para sostener una familia de pequeños, sin haber logrado graduarse.

Un día, mi amigo Venancio me contó que la maestra tenía relaciones con uno de sus exalumnos; nada menos que con Mauricio Conde. Recordé a los dos y me dije: terminarán casándose, y después recordé a los padres de Mauricio y me dije: ellos son muy conservadores, no lo permitirían, ella es mayor que él y, además, es divorciada, con una hija. Y así fue.

Cuando se separaron, la maestra partió a Canadá para impartir cursos de literatura hispanoamericana.

Más tarde, Mauricio se casó con una muchachita joven y muy católica que en poco tiempo lo llenó de hijos; tuvieron dos niños y una niña, uno por cada año de casados.

Me platicó Venancio que un día, yendo por la carretera rumbo al norte, Mauricio, su suegra, su esposa y los tres niños, tuvieron un accidente fatal. Seguramente había tomado el día anterior y a la mañana siguiente, bajo los efectos de la bebida, se lanzó al camino. Al dar una de las muchas vueltas con que se

inicia la carretera del norte, Mauricio giró violentamente, y se encontró con un camión cargado de varillas. Todo fue como un remolino de sombra y muerte: las largas y desordenadas varillas rompieron los cristales del auto y atravesaron de lado a lado los cuerpos de Mauricio y de los dos niños mayores que iban adelante con él. Fue una muerte atroz e instantánea. Se salvaron sólo los que iban atrás: la suegra, la esposa y la pequeñita de brazos. Ellas tres se marcharon más tarde a vivir a San Antonio, para olvidar y rehacer sus vidas.

Yo quería mucho a este muchacho. Me quedé muda viendo cómo crecía el cementerio de mis seres amados.

Índice

El terciopelo	13
Treinta años después	15
Los abuelos	16
Las muchachas en la Revolución	17
Noche de baile en el rancho	18
Tardes de verano	19
Las fugas	20
Empieza a desgajarse la familia	21
Los telegramas y la muerte	23
El desarraigo	24
El filtro	25
Los borrachos	26
Las varas de membrillo	27
El hermano mayor	28
Los duraznos	30
Mamá Epifanía	31
Eclipse de alegría	32
Nadie sabe la hora...	33
El tío Ponciano	35
Herencia	36
Asaltos a la memoria	37
El movimiento de resistencia en Francia	42
En la tierra de Pommereau	44
Su mirada hacía tierna la luz	45
Inquietudes de muchacho	52
Disciplina	53

La noche de la lluvia de estrellas	54
La abuela murió de pie	55
Cuando mi madre cocinaba	57
Un invierno	58
El general Lázaro Cárdenas	59
El conquistador del cielo	60
Fue en la carretera	62



Asaltos a la memoria, de Enriqueta Ochoa, se terminó de editar en agosto de 2022, en Toluca, Estado de México. Para su formación se usó la familia tipográfica Matic, de Juan Carlos Cué. Diseño y formación: Hugo Ørtiz. Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ramírez Rosas. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.

Todo poeta aspira a contar una historia o sus historias de infancia, los momentos más puntuales de su vida. En *Asaltos a la memoria*, Enriqueta Ochoa cumple su añoranza y narra su infancia en el rancho de sus abuelos, donde pasaba las vacaciones. A través de un texto escrito a caballo entre la poesía y la narración, la poeta de *El retorno de Electra* se abisma en sus recuerdos con la frescura y el asombro que definen la infancia, la propia y la de todos. La Laguna, Torreón y los desiertos poblados de Nuevo León son el centro de estos asaltos. Narración ceñida por el ojo de una poeta, estas estampas muy personales delimitan paisajes y ambientes con imágenes deslumbrantes: “y el sol estancado a mitad del desierto”, “el ojo sin párpado del desierto sobre nosotros”. La brevedad de los textos le otorga al libro una dinámica particular y le hace desear a sus lectores saber más de esos personajes momentáneos, pero sin duda también imprescindibles en la vida personal de Ochoa. Publicado por primera vez en Toluca (UAEM, 2004), *Asaltos a la memoria* fue, cabe decirlo, el último libro escrito por esta importante poeta coahuilense.

MARIANNE TOUSSAINT